

# Presentación

Nos complace presentarles el nº 10 de *Mediaciones Sociales*. Celebramos que, a pesar de esta despiadada crisis internacional que cursa ya su quinto año, este proyecto aún sigue vivo. Mañana, no sabemos.

Los recortes financieros y los ajustes institucionales que nos han impuesto nuestros gobernantes para “salir de la crisis”, inspirados en el fundamentalismo neoliberal, han situado a las universidades públicas españolas al borde del colapso. La nueva doctrina que aspira a reordenar todas las sociedades de la Unión Europea para hacerlas más competitivas en el mercado global suele entender lo público como un gasto social excesivo para la reproducción del capital, de modo que la drástica reducción del Estado del Bienestar (salud, educación, ayudas sociales y pensiones públicas), por “insostenible”, se ha convertido al mismo tiempo en una gran oportunidad de nuevos negocios e inversiones para el capital: el único que puede transformar efectivamente las crisis en oportunidades. Las universidades públicas y todos sus programas forman parte del gran número de víctimas que está dejando la crisis.

En estas duras circunstancias, al llegar a la decena de publicaciones de nuestra revista, me ha parecido oportuno hacer una reflexión sobre nuestro trabajo e invitar a una discusión académica sobre las perspectivas de nuestro campo de estudios. A riesgo de resultar redundante, en esta presentación resumo cinco ideas que han sido expuestas en diferentes artículos y que hasta ahora las hemos considerado relevantes en la investigación de las mediaciones sociales:

1º) La crisis está instalada permanentemente en la estructura del capitalismo monopolista global, pero el sistema ha sido capaz de gestionar sus contradicciones para reproducir un orden contradictorio.

Esta es una de las ideas centrales del «Prólogo para *La Mediación social* en la era de la globalización», de Manuel Martín Serrano, que se publicó en el n° 1 de la revista.

La economía política nos mostró desde hace mucho tiempo que el sistema de producción capitalista, en su etapa industrial, funcionó y se reprodujo en un estado de contradicción estructural, generando crisis periódicas de sobreproducción que daban alivio a las tensiones extremas. Existe suficiente teoría y abundantes estudios históricos de la economía capitalista al respecto. Sin embargo, en la actual etapa del capitalismo monopolista global la crisis se ha instalado de un modo permanente en nuestras vidas, pues se suceden unas a otras y abarcan todos los ámbitos del sistema.

Se comprende rápidamente que esta idea no se aviene a las esperanzas de una «salida de la crisis», entendida como la recuperación de un estado de los buenos tiempos que nos reconfortará por las amarguras del presente. Este nuevo tiempo de crisis sistémicas y de las políticas neoliberales a las que se recurre para gestionarlas vienen de lejos, al menos desde la crisis económica de 1973, y no parece que se vayan a producir cambios significativos. La crisis actual que nos azota desde 2008, según nos advierten con insistencia los historiadores, economistas, sociólogos y politólogos, es de la misma naturaleza y va para largo. Además, esta transita por un enrevesado laberinto (crisis bancaria – recesión económica, desempleo masivo y pesada caída del consumo interno – deuda pública asfixiante – fuerte descenso en la recaudación fiscal, aumento de impuestos y fugas de capitales) cuya «salida» no asegura una recuperación del empleo (actualmente hay 20 millones de desempleados en la Unión Europea y habrá 7 millones más en 2013, según la OIT; hay casi 6 millones en España), del bienestar ciudadano (hay unos 10 millones de pobres en España y casi dos millones acuden con frecuencia a los comedores sociales en busca de un plato de alimento, para los cuales la Cruz Roja ha comenzado a pedir ayuda; estos ciudadanos difícilmente saldrán de la exclusión), de los derechos sociales conculcados con las reformas del mercado de trabajo ni de la legitimidad democrática de los dirigentes y las instituciones políticas que no han sabido, querido o podido estar a la altura del desafío depredador del capital financiero internacional que nos ha traído a este estado de postración.

Recurriendo a la vieja metáfora organicista, diríamos que la crisis está incrustada en el corazón de este sistema y que sus nefastas consecuencias

circulan por todo el tejido social. A pesar de ello, el sistema no ha colapsado porque ha sido capaz de gestionar sus contradicciones para reproducir un orden contradictorio.

2º) Las mediaciones sociales constituyen el sistema de gestión de las crisis para conseguir los ajustes del sistema.

Precisamente, en el mismo «Prólogo...», Martín Serrano sostiene que en la era del capitalismo monopolista globalizado ya no hay tiempo para que se establezcan los cambios de los valores y la reorganización de las instituciones sociales, entre ellas la familia y los sistemas educativos. Valores y organizaciones sociales que están hechos para ser estables, se transforman en marcos de vida temporales; concebidos para ser congruentes, evolucionan de manera asincrónica y disonante. La sociedad que así funciona se mantiene porque posee sistemas de ajuste que hacen posible que los actores sociales se adapten a vivir en estado de crisis permanente, sin cuestionar al sistema global.

Los estados de crisis suelen estar pautados como la consecuencia inevitable de las adaptaciones de la sociedad a los avances tecnológicos continuos, que supuestamente hacen posible el bienestar y las libertades. Como se da por hecho que no existe alternativa a ese desorden social establecido, los desajustes tienen que corregirse actuando sobre los sujetos. Así, la existencia humana se representa en permanente estado de excepción. Para hacer frente a las crisis se espera que cada individuo “se cambie” cuantas veces sea necesario y tanto como resulte preciso. De esta forma se manejan las contradicciones sociales como desajustes individuales. Los conflictos que podían enfrentar a los sujetos con las instituciones se transfieren a las relaciones interpersonales.

A esta forma de control, el autor la denomina «mediación social».

El ejercicio de la mediación supone el desarrollo de un sector productivo dedicado al ajuste social, con sus instituciones mediadoras y profesionales (por ejemplo, las instituciones de asistencia social, las empresas de comunicación, etc. y su correspondiente personal especializado en la materia). A las actividades mediadoras está destinada una parte importante y creciente de los recursos sociales, que proceden de todos los orígenes: privado, público y voluntariado. Las inversiones en infraestructuras, servicios y bienes para la mediación social tienen un uso reproductivo, en la

medida que son necesarias para que el modelo socioeconómico perdure. Y también resultan productivas como cualesquiera otras inversiones. La gestión del ajuste colectivo reproduce consensos al tiempo que produce beneficios.

Los usuarios pagan o reciben gratuitamente la ayuda de mediadores especializados cuando se enfrentan con derrotas, anomías o conflictos, por ejemplo, si de pequeños fracasan en los estudios; de adolescentes se drogan o de adultos se divorcian. Pero, la mediación se utiliza en todas las situaciones cotidianas, y no solamente cuando hay que manejar una crisis macrosocial, por todos los miembros de la colectividad y no sólo por quienes están necesitados de apoyo. La oferta mediadora está destinada sobre todo al consumo masivo y llega por los cauces masivos de distribución. Principalmente se distribuye por dos conductos: a través del mercado y de los medios de información a las masas.

Las mediaciones sociales no son simples manipulaciones ideológicas —aunque frecuentemente pueda valerse de dicho recurso—, puesto que operan simultáneamente sobre la información, la acción y la organización social:

«Acción, información y organización social, aparecen en nuestro escenario histórico no sólo como dimensiones relacionadas sino, en ocasiones, intercambiables. Porque el designio humano tiene ahora muchas más posibilidades de mediar entre ellas. Está capacitado para operar indistintamente con la acción que transforma, con la información que conforma y con la organización que vincula. Los efectos de esas mediaciones pueden ser materiales, cognitivos, institucionales. Pero las mediaciones desvían, disminuyen, anulan o eliminan numerosas determinaciones que antaño constreñían la intervención de los agentes sociales.

Las mediaciones sociales intervienen indistintamente en las acciones que preservan el mundo o le ponen en riesgo, en las organizaciones que liberan u oprimen, en las representaciones que humanizan o deshumanizan. La plasticidad que tienen aumenta la incertidumbre a la hora de prever sus efectos. En contrapartida, los estudios de la mediación cuentan con una ventaja que aumenta su utilidad: las mediaciones sociales incluyen información que por lo general se anticipa a los cambios. Pueden poner sobre aviso de dinámicas no deseables y eventualmente contribuir a que se corrijan o eviten» (Martín Serrano, M., Op. cit.).

3º) Sin embargo, las instituciones mediadoras también pueden entrar en crisis.

La crisis actual nos ha permitido comprobar que su duración, profundidad, extensión y, sobre todo, su agresiva gestión neoliberal también pueden producir consecuencias indeseables en las instituciones encargadas de las mediaciones sociales, porque el logro de sus objetivos se hace cada vez más difícil.

Las huelgas generales y sectoriales que han expresado las protestas de los trabajadores y los ciudadanos en todos los países de la Unión Europea, desde 2009 hasta la fecha, han terminado cuestionando también a las principales instituciones mediadoras, políticas y comunicativas. El Movimiento 15-M en España, por ejemplo, expuso muy claramente este asunto. En la presentación del nº 8 (finales del primer semestre 2011), escribimos:

«cuando ocurre una crisis económico-financiera tan frenética y del calado que tiene la actual, los desajustes que se producen en el orden social son tan amplios y profundos que las mediaciones sociales se ponen en la agenda de todos los días, porque, de repente, la mayoría de los ciudadanos puede comenzar a percibir que muchas cosas ya no encajan:

«Error 404: Democracia not found»;  
Reinicie, por favor»;  
«¿Que no nos representan, que no!»;  
«No hay suficiente pan para tanto chorizo (delincuentes)»;  
«No somos antisistema, el sistema es anti-nosotros»;  
«No apagues la televisión... Podrías pensar».  
(Lemas de los «indignados» españoles).

Ya no se ajustan las visiones del mundo y los valores que nos han inculcado desde la infancia sobre las funciones sociales que le han sido asignados a los empresarios, banqueros, políticos, dirigentes sociales y medios de comunicación, por ejemplo, con los comportamientos concretos que se conocen de tales actores sociales, y que la población puede evaluar como irresponsables, egoístas, engañosos, corruptos o antidemocráticos. Esas visiones del mundo, valores y comportamientos ya no son congruentes con el reclamo de cualquier sacrificio a los ciudadanos para preservar un orden social que, en cambio, se muestra excluyente o insolidario, negando el derecho a trabajar a millones de personas; que lanza a miles de familias a la intemperie mediante el desahucio, mientras les obliga a seguir pagando hasta la extenuación las “hipotecas basura” a los banqueros codiciosos; que no lleva a los tribunales ni a

la cárcel a los responsables de la estafa y la crisis financiera; que obstaculiza la participación política, en condiciones de igualdad, a todas las tendencias democráticas; que degrada la educación y la salud públicas, reduce la asistencia social en el desamparo o reduce las pensiones en la vejez; que reduce los salarios de los trabajadores mientras concede préstamos a bajo interés a los bancos para que compren bonos del estado a elevados intereses; que aumenta los impuestos a los que viven de su salario que no llega a fin de mes mientras se niega a aumentar los impuestos a las grandes fortunas y a gravar las operaciones financieras especulativas; que no garantiza una comunicación pública objetiva, crítica, creíble, que privilegie el bien de los ciudadanos y no los intereses particulares de los grupos económicos o políticos.

De ahí que, en el movimiento de ciudadanos «indignados» en España se ha visto un enérgico e insistente cuestionamiento a la «representatividad» de muchas instituciones mediadoras y a sus prácticas de mediación social destinadas a la reproducción del orden establecido, porque se entienden como burdas manipulaciones o intentos de engaño».

En ese mismo texto nos referimos también a los denodados esfuerzos que están desplegando los sectores sociales hegemónicos para neutralizar toda crítica a la mediación social institucionalizada. Lo que está en juego es la reproducción del sistema.

4º) Las mediaciones sociales para la humanización y un Nuevo Contrato Social.

La investigación crítica ha hecho de las estrategias de mediación social que reproducen al sistema dominante el objeto principal de sus estudios: el conjunto de los artículos publicados en nuestra revista es una buena prueba de ello. Tal tendencia, sin duda tan importante como necesaria, no debe hacernos olvidar que las mediaciones sociales también intervienen en los proyectos orientados a construir un mundo más libre, democrático, justo y humano, articulando nuevas visiones del mundo, haciendo posible las acciones colectivas eficaces y facilitando la constitución de nuevas organizaciones sociales (Presentación nº 5, finales de 2009).

Al año siguiente, en la presentación del nº 7 (finales de 2010), insistimos sobre esta idea en el epígrafe *La crisis económico-financiera internacional y la mediación social en la búsqueda de un futuro mejor*: «el debate teórico y metodológico sobre los modelos de salida de la crisis está plenamente abierto entre los neoliberales, los neokeynesianos y los altermundistas;

están abiertas también las luchas políticas y sociales a nivel internacional por la construcción de un futuro distinto». Y concluíamos: «es muy probable que este largo período de crisis económica y financiera provoque una revisión a fondo de dichas prácticas de mediación social, por parte de los actores sociales en conflicto, en las nuevas condiciones de la comunicación por Internet y los alcances que ha conseguido la globalización en múltiples manifestaciones de la vida social».

En efecto, seis meses más tarde, las mediaciones sociales ya estaban situadas en el centro de la tormenta. En la presentación del n° 8 (finales del primer semestre de 2011) advertimos que el cuestionamiento del Movimiento 15-M a las mediaciones sociales hegemónicas no implicaba un rechazo en principio a toda práctica mediación:

«Se ha criticado como una debilidad del movimiento de los «indignados» que se propongan hacer política sin partidos políticos; sindicalismo sin sindicatos; movilización social sin jefes ni liderazgos reconocidos y fijamente establecidos, sino coordinada a través de las redes sociales; democracia directa y asamblearia sin representantes ni delegados. En realidad, este es otro modo de referirse al fuerte cuestionamiento de las instituciones mediadoras y de sus prácticas establecidas que he mencionado anteriormente. Pero, de ahí no puede deducirse que exista entre «los indignados» un rechazo en principio a toda mediación social, porque, simplemente, es impensable cualquier acción colectiva sin recurrir a ella».

Después de exponer algunas de las prácticas de mediación en Internet que han estado llevando a cabo los movimientos sociales que agrupan a los indignados, destacaba también su trabajo directo entre los ciudadanos:

“las acampadas en decenas de plazas públicas españolas planteó un reto todavía mayor a los mediadores del movimiento de ciudadanos «indignados», puesto que se comenzó a trabajar simultáneamente en las masificadas «plazas reales» y las «plazas virtuales» (las redes sociales) para organizar a los acampados, conciliar sus múltiples intereses, sensibilidades políticas y culturales, escuchar y estructurar sus reivindicaciones, y, sobre todo para extender el movimiento a los barrios de las ciudades y asegurar su continuidad.

¿Qué partido político moderno en la Europa de hoy ha sido capaz de atender, tal como lo ha hecho el Movimiento 15-M, las propuestas orales y escritas presentadas por decenas de miles de ciudadanos en las plazas públicas de las principales ciudades del país, para intentar estructurarlas en un programa coherente de cambios políticos, económicos, sociales y culturales para mejo-

rar la vida social (tarea descomunal que constituye una rotunda práctica de mediación social)?

En este sentido, solamente la rica experiencia de los ciudadanos islandeses (que no fue liderada por los partidos políticos) podría ser homologable, aunque se sitúe en una escala cuantitativamente menor, porque la población en Islandia apenas alcanza los 331.000 habitantes, distribuidos en una superficie cinco veces menor que la de España, donde viven 46 millones 152.925 personas (según datos del Instituto Nacional de Estadística, del 01 de enero de 2011)».

Y terminábamos afirmando:

«Algunos científicos sociales, juristas y filósofos de la política, miembros de la notable academia española, sostienen que muy probablemente ha llegado el tiempo de plantearse un Nuevo Contrato social que haga posible el consenso ciudadano en torno a nuevos valores políticos, económicos y sociales, sobre los que se funden nuevas instituciones públicas; un nuevo pacto social que establezca nuevas reglas de juego para todos los partidos políticos de tendencia democrática y que haga posible una activa participación de los españoles en una democracia «en tiempo real» (tal como funcionan los mercados financieros, tan solícitamente escuchados por todos los gobiernos), consagrada en la Constitución política y regulada por una Ley de Participación Ciudadana.

Como bien dirían nuestros ilustres maestros de la teoría de la mediación social (Manuel Martín Serrano, Jesús Martín-Barbero y Alejandro Serrano Caldera), emprender el debate sobre un Nuevo Contrato social en cualquier sociedad contemporánea y, más aún, promover su realización efectiva mediante una amplísima participación ciudadana, supone el reto más elevado que cabe plantearse entre quienes se ocupan de la investigación y del ejercicio de las mediaciones sociales».

Sin duda, cabe la posibilidad de que el sistema hegemónico termine asimilando a sus prácticas de mediación social reproductoras los cuestionamientos que ahora recibe de los movimientos ciudadanos indignados. La suerte que corrieron las reivindicaciones de los movimientos de Mayo 68 en Europa han dejado una buena lección al respecto.

5º) La complejidad y naturaleza de la crisis actual, así como la importancia social de los intereses en juego, demandan más investigación de las mediaciones sociales.



Esta es la idea fuerza que ha impulsado a nuestra revista desde su nacimiento:

«Siendo así el tiempo en el que vivimos, las ciencias humanas y sociales necesitan un impulso teórico y metodológico que les capacite para explicar y prever el papel que van a desempeñar las mediaciones sociales en este cambio de era. Y el contingente cada vez más numeroso de científicos, docentes y profesionales, que participan en actividades mediadoras, conviene que se encuentren para reflexionar sobre la naturaleza de sus trabajos, sus funciones y efectos» (Presentación n° 1, segundo semestre de 2007).

Entendemos que la universidad pública, en cumplimiento de sus funciones históricamente asignadas, debe contribuir a la investigación y a la difusión de dicho conocimiento entre los ciudadanos. A este ideal humanista seguirá sirviendo nuestra revista *Mediaciones Sociales*, hasta su último aliento.

Vale la pena resistir:

“Nos parece que, quienes nos dedicamos al estudio de las mediaciones sociales, debemos redoblar nuestros esfuerzos en el campo de la investigación y del trabajo social, pero, sobre todo, debemos hacerlo con un espíritu de colaboración nacional e internacional entre los investigadores, los mediadores profesionales, las instituciones y los agentes sociales que intentan crear un mundo ecológica y económicamente sostenible, más democrático, justo y tolerante. (...) Deseamos contribuir, aunque sea modestamente, a esta enorme tarea, inspirados por aquellos versos luminosos de Rubén Darío en su Salutación del optimista, en los albores de lo que ahora llamamos la globalización: «Únanse, brillen, secúndense tantos vigos dispersos...» (Presentación n° 5, finales de 2009).

Gracias por acompañarnos durante estos diez números.

Un cordial abrazo.

**Dr. Vicente Baca Lagos**  
Director de *Mediaciones Sociales*